

sentís en todas las facultades el efecto de aquella atmósfera abrumadora. Todas las ideas, tan vivas y tan prontas un momento antes, se han desvanecido; han adquirido de repente el poder sobrenatural de escapar á vuestro llamamiento. Si aventurais alguna ligera observación dirigida á la persona que tenéis al lado, obteneis una respuesta insípida, y se acabó la conversación. Ningún asunto inspira más de media docena de frases, sin originalidad ninguna. Nada de lo que se dice os inspira verdadero interés, y veis que cuanto decís es escuchado con indiferencia. Como por obra de raro encantamiento, las cosas que de ordinario os agradan, parecen haber perdido todos sus atractivos.

Como os gusta el arte, cansado de conversación tan frívola, os acercáis á la mesa, pero pronto advertís que el libro de grabados y el album de fotografías no son menos insípidos que aquélla. Aunque os entusiasme la música, oís el canto con la mayor indiferencia, y decís «muy bien», convencido de que ejecutais un acto de profunda hipocresía. Apesar de las comodidades que os rodean, sentís que no es la simpatía lo que allí os retiene. Veis jóvenes caballeros preocupados sin cesar de la tiesura de sus corbatas y que miran distraídos en torno suyo, como pensando lo que harán después. Veis damas sentadas, con las caras tristes, esperando que alguien se acerque á darles conversación y que, entretanto, buscan alguna cosa en que ocupar sus dedos. Veis á la señora de la casa, en pié cerca de la puerta, sonriendo forzosamente é imaginando esas nimiedades de rigor con que es preciso acoger á todo el que entra. Por todas partes observais innumerables señales de fastidio y de molestia, lo que, como sentís algo semejante, aumenta vuestro aburrimiento. La enfermedad aumenta, y por más que hagais, no podeis resistir á la epidemia general. Luchais contra esta letal influencia; os esforzais para aparecer lleno de vida; pero con ninguna de vuestras ocurrencias ni con ninguno de vuestros mejores cuentos, con-

seguís otra cosa que arrancar una sonrisa insípida ó una risa forzada. Y cuando, al fin, vencido por el tedio, os lanzais fuera de los salones, ¡qué alivio sentís al aspirar el aire fresco y mirar las estrellas! ¡Con qué gusto decís, «gracias á Dios que esto se acabó», y cómo estais casi resuelto á no exponeros otra vez á semejante suplicio!

¿Y cuál es el secreto de este perpetuo disgusto y desencanto? ¿No está en todos esos accesorios inútiles, los trajes complicados, esas fórmulas de rigor, esos costosos preparativos, todo ese aparato que á nada conduce? Cualquiera que haya vivido treinta años en el mundo ¿no está convencido de que el placer es tímido y que no debe perseguírsele, sino antes bien cogerlo de improviso? A veces un aire tocado por un organillo callejero y que oímos mientras estamos trabajando, nos agrada más que la música selecta ejecutada por los más hábiles concertistas. Un solo cuadro bueno que vemos en el escaparate de una tienda, puede causarnos un placer más vivo que una visita hecha á una exposición con el catálogo y el lápiz en la mano. Mientras nos ocupamos en construir un aparato complicado para aprisionar á la felicidad, ésta vuela. Es demasiado sutil para resistir las groseras cadenas con que quiere sujetársela. Mientras más se multiplican y complican los accesorios, más ciertos estamos de perder lo principal.

La razón es bien manifiesta. Las emociones superiores que nos proporciona el trato social son de naturaleza muy compleja; por lo tanto, su producción depende de numerosas condiciones y á medida que crece el número de éstas, tanto más fácil es que falten una ú otra. Es menester una gran desgracia para que perdamos el apetito, pero la cordial simpatía con las personas que nos rodean puede extinguirse con una palabra ó con una mirada. Resulta de aquí que, mientras más numerosas sean las formalidades *innecesarias* con que se recarguen las relaciones sociales,

tanto menos fácil es que el placer sea completo. Es ya sobrado difícil el llenar todas las condiciones *esenciales* necesarias para mantener relaciones agradables con los demás; júzguese, pues, lo que sucederá cuando se agreguen multitud de condiciones *no esenciales*. En rigor, se acomete, al intentarlo, una empresa imposible, y el resultado es que se sacrifique lo esencial á lo no esencial. ¿Qué probabilidad hay de obtener una respuesta natural de una dama que está pensando que sois un torpe, porque le habeis ofrecido el brazo para acompañarla á la mesa? ¿Cómo ha de esperarse el mantener una conversación agradable con aquel caballero que rabia interiormente por que no está al lado de la señora de la casa? Las formalidades, por más que nos familiaricemos con ellas, siempre ocupan algo la atención, multiplican las ocasiones de los desaires, de las malas inteligencias, de las envidias, distraen necesariamente los ánimos de aquellos pensamientos y sentimientos que debieran ocuparlos, y subvierten, á no dudar, las condiciones bajo las cuales es posible hallar agrado en el trato social.

A la verdad, este es el inconveniente más funesto que traen consigo las conveniencias sociales, y comparados con él, todos los demás son secundarios. Destruyen los goces más elevados que debieran facilitar. Todas las instituciones se encuentran en el mismo caso; apesar de ser útiles y necesarias en su origen, no sólo dejan de serlo con el tiempo, sino que se truecan en perjudiciales. Mientras la humanidad se desenvuelve, permanecen estacionarias; de día en día van siendo más mecánicas, su vida se extingue, y al cabo tienden á sofocar lo mismo que se confió á su custodia: se corrompen, se inutilizan y llegan á ser verdaderos obstáculos. Las viejas formas de gobierno llegan á ser tan opresivas, que no queda más remedio que derrocarlas, aun á riesgo de ver inaugurarse el reinado del terror. Todas las creencias antiguas acaban por ser fórmulas

muertas que, lejos de auxiliar al espíritu humano, lo falcean y lo detienen en su marcha, y las iglesias oficiales encargadas de conservarlas, se convierten en instrumentos de la reacción enfrente del progreso. Los antiguos planes de educación, por que se rigen las escuelas y colegios públicos, siguen llenando de conocimientos inútiles las cabezas de las nuevas generaciones, desatendiendo aquellos otros que serían de verdadera utilidad. No hay ninguna organización, religiosa, política, literaria, filantrópica, que por la multiplicación de sus reglamentos, por la acumulación de riquezas, por la creación diaria de nuevos destinos, por el predominio del favor y del espíritu de partido, no pierda al cabo su espíritu original y concluya por ser un simple instrumento, falto de vida, á la devoción de los intereses privados, rémora y no auxiliar de los fines que debiera perseguir.

Así ocurre con los usos sociales. Dicese que los chinos «tienen un ceremonial fatigosísimo, que data de época inmemorial», el cual convierte el trato social en una carga. Las ceremonias de corte inventadas por los monarcas para realzar su majestad, han concluído siempre y en todas partes por acibarar todos los momentos agradables de la vida de los reyes. Y por igual manera, las reglas artificiales, seguidas en el comedor y los salones, mientras más numerosas y rígidas son, más dificultan la grata relación entre las personas, no obstante haber sido establecidas para asegurarla. El disgusto con que la gente habla, por regla general, del «formalismo, rigidez y lo ceremonioso» de la sociedad, implica el reconocimiento del hecho señalado; y este reconocimiento supone en buena lógica que todos los usos relativos á la conducta, no basados en naturales exigencias, son intolerables. No es afirmación nueva la de que con tales convenciones no se logra el fin apetecido. Swift, indicando las maneras de su tiempo, dice: «Los hombres de talento están con frecuencia menos á

gusto entre los cumplimientos de la sociedad refinada, que lo estarían hablando con campesinos ó con trabajadores».

Pero no es sólo en los detalles donde puede verse que la acción de nuestros usos es contraproducente: la prueba resulta del mismo examen de la naturaleza de estos usos. El trato social, en su forma corriente, no es más que una mera imagen de la realidad pensada. ¿Qué es lo que necesitamos, en efecto? Una relación de simpatía con nuestros semejantes: una conversación que no sea un flujo de palabras, sino el vehículo de pensamientos y sentimientos palpitantes de vida, conversación en la cual hablan el rostro y los ojos y en que la voz adquiere tonos llenos de sentido, conversación que no nos dejará á solas con nuestras emociones, sino que hará partícipes de ellas á otras personas y las duplicará, sumándolas con las de éstas. ¿Quién no ha sentido de vez en cuando cuán fríos é insípidos son los juicios corrientes en política, en ciencia, ó acerca de los nuevos libros y de los nuevos hombres, y cómo un sentimiento original que se expresa con verdad y colorido sobrepaja á toda esa batahola? Recuérdense las siguientes palabras de Bacon: «una muchedumbre no es una sociedad; las figuras son como cuadros de una galería, y la conversación, cuando el corazón no se interesa, es como un címbalo que suena.»

Siendo esto exacto, fuerza es que el conocimiento se trueque en intimidad, y ésta se transforme en amistad verdadera, para que llegue á ser posible la comunión real que los hombres necesitan. En un círculo formado razonablemente, no tendrían cabida más que personas unidas por los lazos de la familiaridad y de la estimación, y uno ó dos extraños. ¡Qué locura, pues, no se oculta bajo el sistema de nuestras grandes comidas, de nuestras recepciones, de nuestras partidas de campo, en las cuales se reúnen gentes, que jamás se han visto, muchas que apenas se saludan, otras que, aunque se traten familiarmente, se miran

con la mayor indiferencia, y en medio de todo esto, algunos verdaderos amigos, perdidos entre la multitud! Basta echar una ojeada alrededor, y fijarse en la expresión afectada de los semblantes, para comprender enseguida lo que es todo aquello. Cada cual ha tomado su disfraz; y ¿cómo es posible que nazca la simpatía entre máscaras? No hay que asombrarse de que todos se quejen, en el seno de la confianza, de la estupidez de estas reuniones. No hay que admirarse de que la señora de la casa las dé antes por precisión que por deseo. No hay que extrañarse de que los invitados á ellas, concurren sólo por deferencia. En conjunto, resultan un fiasco gigantesco, un desengaño organizado.

Debe notarse, por último, que cuando un medio no es adecuado á los fines perseguidos, se dirige á otros enteramente distintos y aun opuestos. ¿Cuál es la excusa que suele darse por los que asisten á esas reuniones enojosas y vuelven á ellas? «Admito que son bastante estúpidas y frívolas,» dicen contestando á nuestras críticas, «pero ya V. ve, es preciso conservar las relaciones.» Y si se pudiera obtener una respuesta sincera de la esposa de aquel caballero, es seguro que diría: «Tiene V. razón; no estoy menos aburrida que V. de tantas frivolidades; pero hay que pensar en casar á nuestras hijas.» Quién piensa que hay allí ocasión de hacer una profesión de fé, de ganar una clientela, de adquirir una influencia parlamentaria ó el patronato de un condado, votos ó un empleo. Quien, que aspira á casarse, bebe los vientos tras las mujeres que tienen una buena dote. Inútil para llenar su propósito aparente de establecer á cada instante relaciones agradables entre los hombres, todo ese enojoso aparato de nuestros usos sociales se emplea con éxito en la persecución indirecta de fines pecuniarios y matrimoniales.

¿Quién podrá sostener ahora que la reforma de nuestro sistema de usos y formalidades legales carezca de impor-

tancia? Cuando se ven las extravagancias á la moda á que conduce ese sistema, con sus naturales consecuencias, que son la bancarrota y la ruina; cuando se observa de qué modo limita las relaciones sociales entre las clases menos acomodadas; cuando se nota que aleja del trato de las personas mejor educadas á muchos que necesitarían su benéfica influencia y que se lanzan á caminos funestos y peligrosos; cuando se tiene en cuenta el sin número de males menores que produce, el exceso de trabajo que impone al comerciante ó al hombre que vive de una profesión para hacer frente á tantos gustos, el daño que se causa al público, al ofrecerle trajes y tocados absurdos, como modelos dignos de imitación, las injurias que inflige al organismo, patentes en la expresión de los semblantes al terminar la estación de Londres; la mortalidad de las modistas, peinadoras, etc., que sucumben á fuerza de tantas repentinas exigencias; y cuando á todo esto se agrega su pecado capital, que consiste en marchitar, secar y matar esos goces superiores á cuyo servicio parece hallarse, y que son uno de los estímulos más poderosos que nos alientan en el duro combate de la vida, ¿no debe concluirse que la reforma de nuestro sistema de modas y maneras es urgentísima?

Se necesita, pues, un protestantismo en los usos sociales. Las formas, sean políticas, religiosas, ó de otra clase cualquiera, que dejan de ser útiles y se convierten en un obstáculo, deben ser destruidas, y así se verifica al cabo en todos los casos. No faltan las señales que indican la proximidad del cambio. Una hueste de satíricos, con Thackeray á la cabeza, ha estado ridiculizando por espacio de algunos años nuestras engañosas fiestas y nuestras modas insensatas; y en sus momentos de franqueza, no son pocos los que se rien de las frivolidades con que ellos, lo mismo que los demás, las toman tan en serio. El ridículo ha sido siempre un agente revolucionario. Cuando una cosa recibe el empuje continuo de las burlas y el sarcasmo, no subsiste largo

tiempo. Las instituciones que han perdido sus raíces en el respeto y la fé de los hombres, están ya juzgadas. Se acerca, pues, el tiempo de que nuestro sistema de reglas sociales pase por una crisis que, simplificándolo relativamente, lo purifique.

Como esta crisis ha de venir, nadie puede decirlo con certeza: sólo el porvenir revelará si ha de traerla la continuación y aumento de las protestas individuales ó la unión de muchas personas que practiquen y propaguen un sistema mejor. La influencia de los disidentes, si no obran de concierto, parece ineficaz en el actual estado de cosas. Aislados y sin plan fijo, desdeñados por los conformistas, sujetos á mezquinas persecuciones, incapaces de mostrar ningún beneficio producido por su ejemplo, uno tras otro tendrán que abandonar sus tentativas por infructuosas. El joven demoleedor de las convenciones sociales ve á menudo que paga muy cara su falta de conformidad. Viendo, por ejemplo, en el acto de quitarse el sombrero un resto del antiguo servilismo, se propone, en el ardor de su independencia, no descubrirse ante nadie; pero lo que él mira simplemente como una protesta general, las damas lo interpretan como falta de consideración hacia ellas. Aunque vea que las muestras de suprema consideración tributadas á la mujer, desde los tiempos caballerescos, no han sido más que un contra-peso hipócrita á la esclavitud real en que el hombre la tenía, una pretendida sumisión para disimular su dominación efectiva, y por más que comprenda que, al ser reconocida la verdadera dignidad de la mujer, se abolirán los honores ficticios que hoy se le otorgan, no obstante, no le gusta que se tergiverse la significación de su conducta y vacila y titubea.

A veces le falta el valor. Si se trata de una de esas faltas á las convenciones sociales que únicamente se atribuyen á excentricidad, le importa poco; más bien le halaga que le contraría el que se le juzgue poco cuidadoso de la

opinión pública. Pero hay ocasiones en que la falta puede atribuirse á ignorancia, mala educación ó pobreza, y entonces invade su ánimo la cobardía. No obstante que el uso recientemente introducido de comer ciertas clases de pescados con cuchillo y tenedor, patentice con claridad que el hábito de servirse del pan y del tenedor no ha tenido otra razón de ser que un mero capricho, sin embargo, no se atreve á romper totalmente con esta costumbre mientras la ve mantenida por la mayor parte. Aunque ve que un pañuelo de seda es tan á propósito para ser usado en un salón como uno de batista blanco, no se atreve á seguir su opinión. Por otra parte, comienza á notar que su resistencia á lo prescrito le trae disgustos que no había calculado. Pensaba que iba á libertarse de mil relaciones frívolas, que con su proceder sólo ofendería á los tontos, y que así tendría un criterio casi automático para distinguir á las gentes de buen sentido; pero como los tontos forman mayoría tan extraordinaria, el ofenderlos equivale á cerrarse todas las puertas para llegar al lado de las personas discretas. No tarda en convencerse de que su oposición se interpreta á menudo torcidamente; que tiene pocas ocasiones de manifestarla de un modo sólido; que los disgustos y desventajas á que le expone son mayores de lo que presumía, y que las probabilidades de hacer algún bien por este camino son escasas y remotas. Con esto se quebranta su resolución y vuelve á caer gradualmente en la rutina general.

Si las protestas individuales abortan, por regla general, acaso no sea posible que nada efectivo se alcance, mientras no se organice la resistencia contra ese despotismo invisible que regula todos nuestros hábitos y todos nuestros actos. Tal vez el gobierno de las maneras y de las modas llegue á ser menos tiránico, si lo combate un partido, como ocurrió con el gobierno político y el religioso. Así respecto á la Iglesia como en lo referente al Estado, los

hombres comenzaron á emanciparse de una tutela excesiva por medio de ligas numerosas, basadas en la comunidad de opiniones ó de fe. Lo que no les fué posible conseguir mientras permanecieron en la categoría de cismáticos sueltos ó rebeldes, lo lograron tan pronto como se concertaron para obrar de acuerdo. Es indudable que estas primeras conquistas de la libertad, no se hubieran obtenido por ningún otro camino; pues en tanto que el sentimiento de independencia personal era débil y fuerte la regla, no podía haber disidentes aislados en número suficiente para producir el resultado apetecido. Únicamente en estos últimos tiempos, en que la autoridad espiritual y la política han perdido gran parte de su fuerza, ha sido dable á las sectas menos numerosas y partidos más insignificantes, luchar contra las creencias y leyes establecidas; y hoy un hombre solo puede sin riesgo presentarse como antagonista de las mismas.

La impotencia de las protestas individuales contra los usos dominantes, nos inclina á pensar que también aquí es menester pasar por una serie de cambios análogos. Es muy cierto que la *ley no escrita* se diferencia de la *ley escrita*, en que precisamente por no hallarse explícitamente formulada, se altera con mayor facilidad, y de vez en cuando se ha mejorado tranquilamente. No obstante, vamos á ver que la analogía subsiste respecto á lo esencial. En este caso, como en todos los demás, la verdadera revolución consiste no en sustituir unas restricciones con otras, sino en limitar ó abolir la autoridad que establece tales restricciones. Así como el cambio fundamental inaugurado por la reforma no se dirigió á sustituir un dogma con otro, sino á rechazar el árbitro que dictaba los dogmas; así como el cambio fundamental que la democracia inició largo tiempo hace, no persigue el derogar una ley particular en beneficio de otra, sino el reemplazar el despotismo de uno con la libertad de todos; por igual manera, el cambio paralelo

que es preciso introducir en el gobierno suplementario que nos ocupa, debe tender, no á abolir unos usos absurdos para establecer otros más sensatos, sino á derrocar ese poder secreto é irresponsable de donde todos emanan, mediante la afirmación del derecho de cada individuo á elegirlos libérrimamente. En nuestro sistema de vida, puede decirse que todos tenemos nuestro papa, siendo muy contados los herejes. Fulminase contra el rebelde la pena de excomunión con su catálogo de desagradables y, en verdad, muy serias consecuencias.

La libertad de los súbditos, afirmada en la constitución y que aumenta de continuo, ha de sustraerse aún á esa tiranía de un orden más sutil. El derecho de la libertad de pensamiento que nuestros antepasados arrancaron á la Iglesia, debe también recabarse en materia de usos y costumbres. En tal sentido, dijimos antes que era necesario un protestantismo que nos liberte de las idolatrías y supersticiones conformistas, y como el cambio de que se trata es paralelo al llevado á feliz término en otras esferas, es de presumir que se verifique por modo semejante. La influencia que no pueden adquirir los disidentes aislados y la perseverancia que hoy les falta, acaso nazcan cuando se unan. Las persecuciones con que les abrumba el mundo porque atribuye equivocadamente su conducta á ignorancia ó á falta de respeto, tal vez disminuyan cuando se convenza de que es resultado de un principio. La pena que hoy lleva consigo el hecho de ser excluido de la sociedad, podrá desaparecer cuando los disidentes sean bastante numerosos para formar círculos propios; y cuando la resistencia haya sido coronada por el éxito y haya pasado la primera violencia de la oposición, entonces muchas personas que ahora reniegan en secreto de los usos corrientes, expresarán con franqueza su disgusto, y concurrirán á traer la emancipación deseada.

Sólo el tiempo ha de revelar si tal es la marcha que ha

de seguirse. Las leyes comunes que rigen, según hemos visto, el nacimiento, el desarrollo, la grandeza y decadencia de todas las clases de gobierno, autorizan la presunción de que también sus cambios se operan semejantemente. Sin embargo, como la Naturaleza realiza aparentemente en ocasiones fines idénticos por caminos distintos, resulta en definitiva que nada seguro es posible predecir respecto á estos detalles.

Interin que la trasformación se verifica, recapitemos las conclusiones sentadas. Por una parte, el gobierno que es común en su origen, y se subdivide después para el mejor cumplimiento de sus fines, puede decirse que ha sido beneficioso, más aún, absolutamente necesario, en todas sus ramas, política, religiosa y del ceremonial. Por otra parte, el gobierno debe considerarse, en todas las esferas de su acción, como encargado de funciones transitorias, exigidas por la incapacidad del género humano en las primeras edades de su desarrollo, para adaptarse á la vida social; son pasos dados hacia su desaparición total las mitigaciones sucesivas de su rigor en el Estado, la Iglesia y las costumbres. Para completar la idea hay que tener presente el tercer hecho, que consiste, en que el génesis, el sostenimiento y la decadencia de cualquiera clase de gobierno, son cosas que, en último término, decide siempre la humanidad; de donde puede sacarse la consecuencia que las restricciones, de uno ú otro género, no viven, hablando en general, más tiempo que el necesario, y no es dable destruirlas prematuramente.

La humanidad procede en todos sus progresos según el sistema de depojarse por capas. Las formas envejecidas, que rechaza sucesivamente, han formado en otro tiempo parte integrante de su vida; le han servido como de envoltorios protectores, á cuyo abrigo se desenvolvía una humanidad más alta. Se arrojan únicamente cuando se convierten en obstáculos, cuando se han formado otras capas

internas y mejores, donde queda todo lo bueno que en las primeras había. La abolición periódica de las leyes tiránicas ha fortalecido y purificado la administración de justicia, lejos de haber sido un atentado contra su integridad. Las creencias muertas y sepultadas no han arrastrado consigo á la tumba la moralidad esencial que contenían, la cual existe hoy libre de las manchas de la superstición. Y todo cuanto hay de justicia, de dulzura y de belleza, bajo las formas enojosas de la etiqueta, vivirá perennemente, por más que estas formas caigan en el olvido.

MORAL DE LA PRISIÓN

I

La moral ideal y la posible.

En cada una de las dos teorías antagónicas acerca de la moral, como en otras muchas teorías contrapuestas, hay algo de verdad y algo de error. La escuela del *á priori* está, en parte, en lo cierto; la escuela del *á posteriori* tiene también derecho á ser oída; y para trazar una norma acertada de conducta es preciso no desatender las conclusiones de ninguna de ellas. De un lado se afirma que hay una regla absoluta de rectitud, y respecto de cierta clase de acciones, se afirma con razón. De las leyes fundamentales de la vida y de las condiciones de la existencia social, pueden ser deducidos ciertos imperativos categóricos que limitan la actividad del individuo, siendo condiciones esenciales para una vida perfecta, tanto social como individual, ó en otros términos, esenciales para que la humanidad alcance el máximun de felicidad posible. Y estos imperativos, siendo consecuencias inmediatas de principios fundamentales evidentes, cuyas raíces se confunden con los de la esencia misma de la vida, constituyen lo que podemos denominar moral absoluta.

De otro lado se sostiene, y en cierto sentido con razón,